Un análisis de la cultura anfibia del Caribe colombiano

Aura Perozo[4]

Introducción: *el riberano* y su mundo

En *Historia doble de la Costa*, especialmente en el volumen *Mompox y Loba* (1979), Orlando Fals Borda plantea una relación orgánica entre el hombre ribereño y su mundo, entendida a partir de una noción amplia y dinámica de cultura. Esta comprensión se explica desde su doble condición de sociólogo y de impulsor de la investigación-acción participativa, metodología que propone integrar el saber académico con los conocimientos históricos y prácticos de las comunidades. En el marco de la obra, *el riberano* designa a los habitantes de las riberas de los ríos y ciénagas de la Depresión Momposina y de la Costa Caribe colombiana. Su existencia se encuentra profundamente articulada al agua —ríos y complejos cenagosos—, a la fertilidad de la tierra y a la biodiversidad del entorno. Este vínculo ecológico condiciona sus actividades económicas, como la pesca, la agricultura y la ganadería; determina sus formas de asentamiento y organización del espacio; y modela su alimentación, sus calendarios productivos y sus ritmos cotidianos.



Puerto de El Banco, Magdalena. Fotografía: Aura Perozo

4. Estudiante de Licenciatura en Artes en la Universidad del Magdalena. Email:aperozo@unimagdalena.edu.co

Las comunidades ribereñas suelen estructurarse en torno a redes de parentesco y vecindad donde la cooperación, la ayuda mutua y la solidaridad constituyen pilares de la vida social. Su mundo es el resultado de un prolongado proceso histórico que integra la presencia indígena originaria, la colonización española, la diáspora africana y las múltiples formas de mestizaje cultural. Asimismo, los ribereños han desarrollado un vasto saber empírico sobre el manejo del entorno: conocen las técnicas de siembra adaptadas a suelos inundables, las artes de pesca, las formas de construcción adecuadas al medio y diversos recursos de medicina tradicional.

A lo largo de la historia, estas comunidades han enfrentado desafíos persistentes como las inundaciones, la violencia, el despojo y la marginación, ante los cuales han desarrollado estrategias de resistencia y una notable capacidad de adaptación. Para Fals Borda, la cultura no se limita a un conjunto de tradiciones o expresiones folclóricas, sino que constituye un entramado dinámico y complejo. Abarca tanto la cultura material —los objetos, herramientas y formas de producción que crean— como la cultura simbólica —los significados, valores, creencias, mitos, lenguajes y expresiones que otorgan sentido a la vida colectiva. La manera en que los *riberanos* perciben, interactúan y se apropian de su entorno natural forma parte esencial de esa cultura y se manifiesta en sus prácticas productivas. Asimismo, la cultura ribereña está profundamente atravesada por la memoria de los antepasados, por las luchas históricas, las migraciones y la construcción de una identidad colectiva arraigada en el territorio y en la experiencia histórica compartida. Desde esta perspectiva, la cultura no es algo estático, sino un proceso vivo y en permanente construcción, en el que los actores sociales despliegan su capacidad para resistir, adaptarse y transformar su realidad.

Pueblo palafito

Las comunidades palafíticas son aquellas que habitan sobre el agua en viviendas apoyadas sobre estacas, generalmente de madera, donde una plataforma sostiene la estructura completa de la casa y su cubierta. Se trata de poblaciones asentadas en ríos y ciénagas, cuya forma de habitar el territorio responde a condiciones ecológicas específicas y a una larga experiencia de adaptación. Estas comunidades constituyen una expresión de lo que el autor denominó cultura anfibia: sociedades que, por su proximidad estructural al agua, desarrollan una relación particular con ella y configuran modos de vida que a los foráneos pueden parecer inverosímiles, pero que responden a una lógica histórica y ambiental precisa. De la mano de pescadores artesanales es posible recorrer los manglares de la ciénaga, observar bandadas de cormoranes y desplazarse en canoa entre los pueblos palafitos. En el horizonte aparece un conjunto de casas coloridas que parecen flotar sobre el agua: es Buenavista, el más pequeño de estos asentamientos. Al disminuir la velocidad de la embarcación, el viajero se adentra lentamente en esa cultura anfibia:

> Bajo el cielo del río,
> el riberano, corazón sombrío.
> Sus manos, la atarraya, su casa, el palafito,
> un saber ancestral, un espíritu invicto.
> La tierra y el agua, su alma y su voz,
> contra el viento de afuera, su firme dios.
> En cada ola, su historia late y no muere,
> la dignidad del pueblo, que siempre florece.
> (Aura Perozo, inédito)

Cultura aprendida

Para Fals Borda, la cultura riberana, en el contexto de su mundo, no es innata, sino fundamentalmente aprendida y compartida. Estos dos conceptos son pilares para entender cómo las comunidades costeras y ribereñas construyen su identidad y su forma de vida. La cultura puede entenderse como un comportamiento aprendido que no forma parte del equipamiento biológico del ser humano. Comprende el conjunto de expectativas colectivas que el individuo incorpora a lo largo de su proceso de socialización. En su interacción simbólica y significativa con otros, dentro de un entorno

grupal, el ser humano asimila esas regularidades de comportamiento que denominamos cultura. En el caso de la cultura riberana, esta se adquiere progresivamente desde la infancia hasta la vejez mediante mecanismos fundamentalmente prácticos. Los niños aprenden observando y participando en las actividades cotidianas: cómo se tejen las atarrayas, cómo se maniobra una canoa, cómo se reconocen los tiempos de siembra o de pesca según los ciclos del río.

No se trata de una enseñanza formal en un aula, sino de un aprendizaje vivido, incorporado a través de la experiencia compartida. El conocimiento se valida en la acción. El joven pescador identifica los cardúmenes no solo por transmisión oral, sino por contacto directo con el agua; el agricultor comprende la tierra a partir de años de arado y siembra. Este aprendizaje es empírico y acumulativo, perfeccionado con el tiempo. Habilidades como el manejo de la canoa, la construcción de palafitos o bohíos y el uso de aperos de pesca y labranza se adquieren mediante la instrucción práctica, la repetición y la imitación.

Cultura compartida

Los conocimientos, creencias, valores, normas y prácticas de una sociedad no pertenecen al ámbito individual, sino que son compartidos por los miembros de un grupo. En esa dimensión colectiva radica su fuerza: al ser compartida, la cultura genera sentido de pertenencia y facilita la interacción social, pues establece un marco común de referencia que orienta la vida en comunidad. En el caso de la cultura riberana, esta no es atributo de sujetos aislados, sino patrimonio del grupo. Los saberes, las creencias y las prácticas constituyen un acervo colectivo que sostiene la cohesión social y se renueva mediante la interacción constante entre sus miembros.

Espacios como el convite o la minga —formas de trabajo colectivo— evidencian cómo se comparten no solo el esfuerzo físico, sino también el conocimiento práctico y los vínculos de solidaridad. Elementos como el pez, la canoa, la red o la inundación no son simples objetos o acontecimientos naturales: poseen significados compartidos que estructuran la percepción y la acción de la comunidad frente a su entorno. Los saberes sobre el río y sus ciclos atraviesan la experiencia colectiva y orientan decisiones productivas, sociales y simbólicas. De este carácter compartido emerge un fuerte sentido de pertenencia y una identidad común: ser riberano implica participar de una historia, unas luchas, unas costumbres y un ethos que distinguen al grupo dentro del conjunto social más amplio:

> El río es como un viaje para el sueño del hombre,
> el hombre, es como el río, un gran dolor en viaje.
> *Únicamente el río te oyó decir m*i nombre
> cuando las hojas secas decoraron tu traje.
> Sí. El río es como un hombre de corazón inquieto
> que va encendiendo hogueras y se muere de frío.
> *Únicamente el río conoce tu secreto.*
> Únicamente el río
> (Buesa, s.f.)

Alteridad y otredad

Los conceptos de alteridad y otredad son fundamentales para comprender las dinámicas sociales, culturales e históricas que configuran el mundo del riberano. Fals Borda, desde su enfoque de investigación-acción participativa, no solo observa estas categorías, sino que las desentraña como elementos constitutivos de las relaciones de poder, la construcción de identidades y la resistencia de las comunidades. Otredad es la percepción del otro como alguien diferente y ajeno a uno mismo y la comunidad, sin que esto necesariamente implique un sesgo negativo. Es la aceptación de la existencia de los que son distintos a nosotros. Para el riberano este *otro* ha sido la organización social, económica y cultural que contrasta, y a menudo choca, con la suya. Se le percibe como el poseedor de la tierra, el capital, las leyes y las decisiones que impactan directamente en su vida, a menudo sin su consentimiento. Aunque este individuo vive en profunda comunión con su entorno, la naturaleza (el río en sus crecidas impredecibles, la sequía

y los fenómenos naturales) puede ser percibida también como una fuerza *otra*, poderosa e incontrolable, que exige respeto y adaptación. Fals Borda destaca la cohesión riberana, sin ignorar las tensiones internas.

La otredad va un paso más allá de la mera existencia de lo diferente; implica el proceso de construcción social y simbólica de esa diferencia. Es decir, cómo el riberano define y percibe a ese *otro*, y cómo ese *otro* también construye su imagen del riberano. La otredad también se construye como una afirmación de lo propio frente a lo ajeno. La preservación de sus dialectos, sus fiestas, sus formas de trabajo colectivo, sus mitos y sus conocimientos ancestrales son actos conscientes de distinción y resistencia frente a la imposición de una cultura hegemónica. Al definir quién es diferente, el habitante de la ribera consolida su propia identidad. Sus costumbres son válidas porque no son las de aquellos que son distintos y por eso sus valores son superiores o más auténticos.

Esta otredad también se manifiesta en el desconocimiento de la riqueza cultural y los saberes de este ser anfibio, lo que lleva a enfoques paternalistas donde se busca civilizar o desarrollar a estas comunidades desde una visión externa, sin reconocer su agencia y su propio conocimiento. Por esa razón, este otro advenedizo tiende a clasificar al nativo de esta región como parte de problemas sociales como la pobreza, el analfabetismo y el subdesarrollo, sin comprender las raíces históricas y estructurales de su situación, y sin valorar su cultura como una fuente de resiliencia y recursividad:

> El otro que lleva mi nombre
> ha comenzado a desconocerme.
> Se despierta donde yo me duermo,
> me duplica la persuasión de estar ausente,
> ocupa mi lugar como si el otro fuera yo,
> me copia en las vidrieras que no amo,
> me agudiza las cuencas desistidas,
> descoloca los signos que nos unen
> y visita sin mí las otras versiones de la noche.
> Imitando su ejemplo,
> ahora empiezo yo a desconocerme.
> Tal vez no exista otra manera
> de comenzar a conocernos
> (Juarroz, 1965).

Territorio

El Caribe anfibio no es solo una ubicación geográfica, sino un mundo cultural y ecológico donde las comunidades costeras, fluviales y cenagosas han aprendido a vivir entre la tierra y el agua. Fals Borda explica cómo estos territorios han sido moldeados por la adaptación, la creatividad y la resistencia de sus habitantes. En el mundo ribereño, el ritmo estacional determina la organización de la vida económica y social. Durante el verano, el riberano siembra en los playones baldíos que deja la retirada de las aguas; en tiempos de creciente, concentra su actividad en la pesca o la caza. Este ciclo natural no es circunstancial, sino regulador: marca los tiempos del trabajo, la movilidad productiva y las estrategias de subsistencia.

El poblamiento responde igualmente a la lógica del agua. Los caseríos se disponen de forma lineal a lo largo de los barrancos, siguiendo el curso de ríos y caños. Las viviendas, construidas con palma amarga, bahareque y madera, y cubiertas con techos ligeros, reflejan un conocimiento técnico adaptado al entorno anfibio y a sus variaciones climáticas. La vida ribereña se caracteriza también por la multiplicidad de roles. Una misma persona puede desempeñarse como agricultor, pescador, albañil, cazador, cantor, conocedor de plantas medicinales o constructor de canoas.

Al mismo tiempo, se evidencia cómo los riberanos han enfrentado procesos históricos de expropiación silenciosa de sus tierras y aguas. Las haciendas ganaderas ocuparon antiguos territorios comunales; los playones, fundamentales para la subsistencia campesina, fueron cercados; la desecación o calzada de ciénagas para convertirlas en potreros afectó criaderos de peces y alteró el equilibrio ecológico. Con ello se restringió el acceso colectivo a

bienes comunes, mientras el Estado permanecía ausente o favorecía intereses particulares.

En el plano simbólico, el imaginario y la cosmovisión revelan una identidad anfibia. Mitos como el del hombre caimán expresan esa pertenencia a dos mundos —agua y tierra— y condensan, en clave narrativa, la hibridez que define al riberano. El drama simbólico de estas figuras míticas representa una experiencia cultural marcada por la dualidad y la adaptación constante.

No en vano, la cultura del riberano está impregnada de un conocimiento empírico profundo y detallado de su territorio. Saben leer los ciclos del río (crecientes y bajantes), interpretar el comportamiento de los peces, predecir el clima, identificar las tierras más fértiles y los peligros naturales. Este saber no es abstracto, sino que se traduce en prácticas concretas: dónde y cuándo sembrar, cómo construir viviendas que resistan inundaciones (como los palafitos), cómo navegar las ciénagas o pescar de manera sostenible. Este conocimiento es culturalmente transmitido y es la base de su subsistencia:

> El río, la ciénaga, la tierra que abraza,
> aquí el territorio su historia traza.
> Palmas y barro, un pulso vital,
> el alma riberana, su eterno caudal.
> (Perozo, inédito)

Conclusión

A modo de conclusión, se puede afirmar que la exploración de los conceptos de cultura de territorio, *ethos*, cultura aprendida-compartida y alteridad/otredad en la obra de Orlando Fals Borda revela una comprensión profunda de la existencia humana. Lejos de ser concebida como un agregado de costumbres, emergen las prácticas y relaciones que dan sentido a la cosmovisión del riberano. Dentro de ella, el *ethos* se entiende como el corazón palpitante, la disposición fundamental de resiliencia, solidaridad y arraigo forjada por siglos de convivencia con el río y su memoria. Esta cultura es aprendida y compartida, transmitiéndose de generación en generación a través de la palabra, la práctica y la vivencia comunitaria, asegurando la cohesión social y la continuidad de sus saberes.

La existencia del riberano se define entonces en relación con la alteridad, mostrando la interacción constante con un otro hegemónico que ha intentado (y a menudo logrado) subordinarlo, pero que también le ha servido para reafirmar su propia identidad y resistencia. Con lo anterior en mente, la obra de Fals Borda nos invita a comprender que este individuo no es solo el habitante de un lugar, sino la encarnación viva de una cultura forjada por y para su territorio, dinámica y profundamente arraigada, que se define y redefine en constante vínculo con su entorno y con los seres que la rodean.

Bibliografía

Buesa, J. *Poema del Río.* poetas poemas. Poema del río - Poemas de JOSÉ ÁNGEL BUESA

Comunicaciones, Agenda del Mar. (2022, 6 de septiembre). *Navegando en la cultura anfibia.* Agenda del Mar Comunicaciones. https://agendadelmar.com/navegando-en-la-cultura-anfibia/

Fals Borda, O. (2002). *Historia doble de la Costa: Mompox y Loba*. Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República y El Áncora Editores

Jaramillo, A., Vélez, O. y Soto, M. (2015). Cultura anfibia de los zenúes [Figura]. ResearchGate. https://www.researchgate.net/figure/Figura-4-Cultura-anfibia-de-los-zenues-Fuente-modificado-de-Jaramillo-et-al-2015_fig2_362776609

Juarroz Roberto, Tercera Poesía Vertical 1965, p111

Juarroz - Tercera Poesía Vertical I (1-2, 55-80) | PDF | Science | Ciencia filosófica

La Guía Turística. (s. f.). *Pueblos palafitos: La magia de vivir en medio de las aguas.* https://www.laguiaturistica.com/index.php/magdalena/a-donde-ir/410-pueblos-palafitos-la-magia-de-vivir-en-medio-de-las-aguas

Wilches-Chaux, G. (2011, 16 de abril). *Aguaceros y goteras: Culturas anfibias del Caribe*. *Aguaceros y Goteras* (blog).https://enosaquiwilches.blogspot.com/2011/04/culturas-anfibias.html



El Banco, Magdalena. Fotografía: Aura Perozo